

REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En el taller de encuadernaciones, calle de San Félix, número 2, en el almacén de papel de La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Menéndez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.

—Se insertan anuncios á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs
En Madrid y provincias.	10 "	18 "	32 "

Números sueltos, quince céntimos de peseta.
 Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, Píno, 2, 2.º—Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.
 —No se devuelve ningun manuscrito.

SUMARIO.

- I.—Crónica Aragonesa, por Saldubio.
- II.—Notas críticas sobre la tragedia clásica y su influencia en el Teatro y Literatura modernas (conclusion), por D. E. Sanz y Escartin.
- III.—El Laurel de la Reina, por D. Faustino Sancho y Gil.
- IV.—Los Justicias de Aragon.—III.—Por D. Victorio Pina.
- V.—Epigramas, por los Sres. Paraiso, Marin, Sañudo, Gascon y Cavia.
- VI.—Espectáculos, miscelánea y anuncios, en la cubierta.

CRÓNICA ARAGONESA.

Dejar el lecho mohino y bostezando; visitar la playa de Torrero — ¡una playa que está en un monte!—y atosigarse con el humo de las calderas de buñuelos; contemplar lindas muchachas con poéticas ojeras y devotos de Baco entregados á los goces íntimos de la embriaguez: verdes ramos de albahaca, frescos manojos de claveles, *tilas* en abundancia....

Ved ahí lo que queda de los tradicionales encantos de la mañanita de San Juan, descritos y celebrados tantas veces en romances castellanos, coplas populares y artículos de costumbres, desde el cordobés Góngora, con su maravillosa fantasía, lozana en el concebir é hiperbólica en el expresar, hasta el contemporáneo Valera, modelo de cultura, elegancia y humorismo.

Quisiera ser dueño de tan eminentes cualidades para prodigarlas ahora en brillante descripción de la verbena clásica entre las verbenas; pero, después de todo, sería una falsedad describir lo que no he visto. Porque, lo confieso sin rubor, la mañanita de San Juan con sus tradicionales encantos no me ha seducido en el presente año hasta el punto de hacerme madrugar, arriscada empresa que para un perezoso no tiene igual con otra alguna.

Arrullaron mi sueño los compases, ora animados, ora melancólicos, de las rondallas que recorrian las calles, y solo cuando «el rutilante Febo habia recorrido con su carro lungo trecho del cerúleo camino y dado á sus caballos abundosa cebada de luz» dejé la cama donde habia pasado la fresquecilla y risueña mañana de San Juan.

* * *

Por la tarde, gran concierto en Pignatelli.

Congregados en aquella sala de elegantísimos y airosos perfiles unos cuantos amantes del arte de Mozart y Beethoven, porque la masa del público estaba sin duda durmiendo la siesta, gozaron durante dos ó tres horas las delicias de la melomanía.

Buena orquesta, buen director y buen programa. El maestro Caballero, á quien habíamos apreciado hasta ahora como compositor notable, nos probó que posee el dominio de la batuta en eminente grado; los profesores, noveles algunos de ellos, demostraron que son soldados excelentes y que sólo han menester para llegar donde les plazca de un buen jefe; el programa, atractivo y seductor, nos ofrecía algunas obras nuevas que han despertado recientemente grande atención y grande aplauso en el mundo artístico.

La *Danse Macabre* de Saint-Saëns, es, como su autor la llama, un poema sinfónico. La *Danza de la Muerte*, extraña concepción de la Edad Media que ha inspirado desde las estancias del Arcipreste de Hita hasta los dibujos de Holbein, ha sido tratada por el original compositor con tan vigoroso tono, carácter tan acentuado y tal colorido fuerte y áspero, que esta obra de Saint-Saëns suspende el ánimo y le extremece, presentando con los movimientos de un ritmo enérgico y original como las líneas y toques todos de ese cuadro aterrador.

De corte original también y magistral hechura es la *Marcha fúnebre para el entierro de una Marioneta*, del maestro Gounod. El contraste es singular: por un lado los acentos lúgubres y acompañados de la composición, y por otro cierto sello cómico y jugueteo que nace de la extraña idea de enterrar á un monigote, ofrecen un doble aspecto, difícil de abarcar y comprender de un golpe y á un tiempo, pero realizado con esa facilidad y sencillez que son distintivas del génio espontáneo y creador.

Ambas obras arrastraron en pos de sí el entusiasmo de los oyentes y se repitieron, previa la correspondiente introducción de nutridos aplausos.

No los obtuvieron menores la *Gabota* de Arditi, escrita con elegancia y marcada con sello de distinción, y la deliciosa obertura de Suppé *Poète et Paysan*, ejecutada con sumo gusto y gran riqueza

de matices. Aquí obtuvo una ovación el violinista Espino.

El canto del marinero, de Marqués, es una obra, como todas las suyas, donde la delicadeza y el buen gusto aparecen en su más clásica y correcta expresión. *Al pié de la reja*, serenata de Carreras, tiene un carácter puramente español y una factura amplia y elegante que cautiva. Las dos son preciosas composiciones que prueban cómo en nuestro país arraiga el estudio serio y profundo de la buena música fecundizando las naturales disposiciones del génio meridional, brillante y característico.

Oidas con gusto, como siempre, fueron la sinfonía de *Guillermo Tell* y el preludio de Sebastian Bach parafraseado por Gounod con el título de *Ave Maria*; pero no faltaron espíritus descontentadizos que hallaron en la interpretación de estas dos obras tan populares cierta palidez y falta de expresión. No iré yo tan lejos como ellos: en todo cuadro debe haber su claro-oscuro; si no hubiera más que tintas claras y brillantes, la vista se fatigaría. Por eso cumple á la sombra dulce y suave atenuar los excesos de la luz.

Unos walses de Metra, *Les Faunes*, pusieron término al concierto con sus lindos compases, ora lánguidos y llenos de abandono, ora animadísimos y *entrainants*, como dicen nuestros vecinos traspiránicos.

En suma, el concierto dejó muy satisfechos á todos los que á él asistieron. El jueves por la noche se repitió y los aplausos para el maestro Caballero y las fuerzas de su mando resonaron en igual medida.

Que se repita la ocasión de oír buena música, bien interpretada, es lo que ruego en nombre de los *dilletanti* zaragozanos al distinguido autor de *La Marsellesa* y á la empresa del teatro de Pignatelli.

* * *

No hay nada más lastimoso que un autor que se enmienda la plana á sí mismo.

Tienen los franceses un novelista popular por el movimiento de sus cuadros, la animación de sus relatos y lo vivo del estilo. Si no entre los *dii majores* de la literatura contemporánea, tenía sitio seguro y cómodo en las filas de los *dii minores*: tal era Pablo Feval.

Pero este escritor, algo libre en el pensar y aún en el decir, se ha convertido hoy á la piedad y á la devoción con tal ahinco, que ha cojido sus obras anteriores, que forman por cierto un buen número de volúmenes, y ha empezado á expurgarlas cuidadosamente, mondándolas de toda corteza poco ortodoxa y dejándolas limpias de todo asomo de inmoralidad.

¿Qué ha sucedido? Las novelas de Feval habrán ganado mucho desde el punto de vista religioso: desde el literario han perdido sus méritos, su carácter y su popularidad.

Una cosa semejante ha ocurrido á D. José Zorrilla, el poeta popular y querido entre todos los poetas españoles. Por razones que se interpretan de diversos modos y que no todos colocan en el orden ético, ha cojido su *Don Juan Tenorio*, y al convertirlo de drama en zarzuela, ha hecho lo que se cuenta del escultor Carpeaux: arrojar sobre su

obra predilecta una gran mancha de tinta para excitar el interés y curiosidad del público.

El público zaragozano juzgó hace pocas noches el *arreglo* de Zorrilla en el Teatro de Pignatelli. ¿Fue severo? No, se echó á reír sencillamente.

Como si asistiera á una parodia de *Don Juan Tenorio*.

A la vez que en Zaragoza moría esta zarzuela, ó cosa así, fallecía en Madrid la señora madre política del ilustre poeta.

Un escritor de mal gusto aprovecharía la ocasión para hacer un comentario.

Yo me limito á enviar al autor de los *Cantos del Trovador* un doble pésame.

SALDUBIO.

NOTAS CRÍTICAS SOBRE LA TRAGEDIA CLÁSICA

Y

SU INFLUENCIA EN EL TEATRO Y LITERATURA MODERNAS.

(CONCLUSION.)

Las influencias francesas llegan también á Inglaterra, España, Italia y Alemania.

Addison dá á luz su famosa tragedia *Caton*; Pope, Dryden y otros siguen sus huellas. Blair, profesor de Edimburgo, pronuncia sobre la tragedia clásica un juicio fundado en las ideas modernas, y por tanto deficiente. Así dice: «Lo maravilloso es inverosímil, el fatalismo es universal, el coro carece de naturalidad.» De suerte que no deja nada á la tragedia antigua.

En España Moratin, Cienfuegos, Cadahalso y otros cultivan con regular éxito la tragedia; casi en nuestros días Martínez de la Rosa dá á luz su bella tragedia *Edipo Rey*.

En Italia Gravina inicia con escasa fortuna el movimiento clásico. Maffei, y sobre todo Alfieri, «el noble y desgraciado Alfieri,» cultivan la tragedia brillando este último por su energía y vigor.

En Alemania *Schlegel* publica una comparación del Hipólito de Eurípides y la Fedra de Racine y un curso de Literatura Griega traducido por Mad. Necker. En sus obras trata con severidad á los trágicos franceses y muy acertadamente á los antiguos. El libro de Schlegel produjo gran sensación y á sus conclusiones se opuso Geoffroy demostrando que la tragedia antigua y la moderna aunque semejantes—en su opinión,—debían ser distintas.

Pero en este pueblo en donde tan alto vuelo había de alcanzar el espíritu humano merced á favorables condiciones de libertad y de costumbres realizase el movimiento literario con Schiller, Göethe, Lessing en la literatura dramática. *Schiller*, poeta lleno de pasión y de generosidad, cuya alma noble se refleja toda en sus obras, produce entre otras tragedias «D. Carlos,» «Wallenstein» (trilogía). «M. Estuardo,» «Los Bandidos» en las que expresa todas aquellas aspiraciones de amor, de libertad y de gloria que llenaban su alma. Su lirismo, tal vez extremado, lo lleva á conceder en sus obras una atención preferente á aquellos nobles tipos que forma á su semejanza, olvidando en lo sombra á los demás. Göethe es autor del *Torcuato Tasso*, de *Egmont* y *Goetz de Berlimchingen*, sus mejores tragedias del ardiente poema *Werther*, del *Fausto*, cuya obra es la que corona su vida y la que sobre todas le ha colocado en el número reducido de los génios creadores: nada más conmovedor que el episodio de Margarita (Gretchen); nada más artístico y más profundamente original que su poema todo. «Podríamos comparar, dice Henry de Blaze en su *Essai sur*

Goethe, este libro á un templo antiguo en el fondo de un bosque sagrado: el estruendo sonoro conmueve la soledad; vibran los címbalos; suenan los clarines; la voz de la sacerdotisa delirante domina el coro. El forastero extraviado que ignora los misterios que allí se celebran, alarmado por las voces extrañas que llenan el bosque, palidece y quisiera huir, mientras que el iniciado, de pié é inmóvil, escucha con recogimiento apoyada la frente en el mármol del pórtico.»

Lessing, padre de *Emilia Galeotti*, acomodada al teatro español por García Gutierrez. Todos tres dan cabida en sus obras á cuantos elementos el arte, la inspiracion y la historia les proporcionan; y, sin desdenar las reglas que la experiencia confirma, acogen todas las tendencias y levantan los ideales de su época.

Madame Stael, desterrada de Francia por su amor á la libertad, con su «Teatro alemán,» que suscita en aquel país la cuestion de clasicismo y romanticismo; y Chateaubriand con sus *Mártires*, *Atala*, *El génio del Cristianismo* y sus *Estudios y versión de Milton*, y *Tragedias de Shakspeare*, despiertan un espiritualismo saludable que determina el albor primero de una nueva literatura.

En nuestra pátria Alberto Lista rehabilita el Teatro nacional y prepara los espíritus para la renovacion literaria.

La reaccion se opera con rapidez en todas partes. En un primer momento es llevada á la exajeracion. Todos conocemos el neo-romanticismo de principios de este siglo, representado en nuestro país por Espronceda, Zorrilla, Larra, y en parte tambien por G. Gutierrez; y como expresion fiel de ese movimiento literario, que tan grande como efímero éxito obtuvo, creemos oportuno citar los siguientes versos de Pastor Diaz en su «Epístola á Genaro»:

«Decretada ya está por el destino
Mi eterna suerte al fin; siempre sombrío
Sólo la oscura soledad me agrada
Claustros y torres, bosques y ruínas.»

Todos conocemos *Las Meditaciones*, *Las hojas de Otoño* y *Los cantos del Crepúsculo* que pertenecen á ese momento literario, producto de la inagotable inspiracion de Lamartine y de V. Hugo, poesías predilectas á nuestra alma y sobre las cuales llenaria muchas páginas nuestro entusiasmo.

VI.

Resúmen y juicio de la Tragedia griega.

Hemos seguido en los diversos períodos de su historia á la Tragedia griega. La hemos contemplado imponente, religiosa, cuasi divina en Esquilo; majestuosa, grande, severa en Sófocles; real, humana, abundante en escenas de pasion y de efecto en Eurípides. En Grecia la hemos visto en su propio terreno, en armonía con el carácter, religion, costumbres, y hasta —nos atrevemos á decirlo— con su cielo siempre sereno, con sus risueños valles, con el mar que besa eternamente sus costas y que invita á pensar en lo infinito, con sus montañas que estimulan los enérgicos y nobles sentimientos. Trasplantada á Roma pierde su naturaleza y esplendor, revelando no obstante su grandeza las perseverantes tentativas que los ingenios latinos más ilustres hacen por adaptarla á la escena romana. Finalmente, la vemos reanimarse por el soplo del génio en épocas muy distantes de las en que tuvo origen, elevándose á lo sublime en Corneille y á la más pura belleza y dulzura en Racine.

¿Es posible hacer más elocuente apologia de la Tragedia griega que esta su misma historia? Ella que naciera al calor de una civilizacion determinada sobrevive á su ruina, como esas creaciones de mármol, incólumes á través del tiempo que aparecen en nues-

tros dias con toda su antigua belleza. Pero tengamos presente una diferencia que salta á primera vista y cuyo desconocimiento ha sido y es, sin embargo, origen de muchos errores. El mármol nos representa la belleza en su forma plástica, material. La materia de que el escultor se sirve es lo inorgánico, lo inerte, lo siempre perfecto en cierto sentido. La obra del espíritu por el contrario, se dirige ante todo al alma, está influida por toda nueva relacion, por todo movimiento progresivo; todo en ella está sujeto á las influencias y variacion, el fondo y la forma, el pensamiento y la palabra recíprocamente relativos. Esto nos indica cómo no es completa la semejanza que hemos indicado, y cómo, por lo tanto, las leyes que presiden el desarrollo de ambas manifestaciones del arte bello deben de ser distintas.

Hemos terminado la exposicion del tema propuesto, pero ya que nos ha sido forzoso recorrer gran parte del camino seguido por el espíritu humano en esta su noble manifestacion de la literatura, permítasenos resumir brevemente sus diferentes etapas á fin de dar completo carácter de unidad, en cuanto quepa en la medida limitada de nuestras fuerzas, al presente estudio, sirviéndole al propio tiempo de complemento y síntesis superior.

VII.

Sintésis general del movimiento literario.

Vemos cómo nace en Oriente la literatura con un carácter eminentemente religioso y objetivo, confundiendo con la Religion y la ciencia y alcanzando su apogeo en el poema del solitario Walmiki. Cantar allí el poeta la naturaleza dotada en aquellas regiones de superabundante actividad, la naturaleza en accion, en forma de movimiento, calor y luz, y se pierde la personalidad humana en el Todo, como la yerbecilla en las inmensas llanuras argentinas.

En Grecia, la humanidad dá un paso decisivo y se eleva sobre la naturaleza, divinizando la juventud y hermosura del ser humano en su religion antropomorfista. Dibújase en su literatura este progreso: el concepto religioso, si bien predomina aún, no lo invade todo como en la India, y desenvuélvese la actividad literaria con mayor holgura; pueblo aquel amante de la forma y de la belleza por sus particulares condiciones de religion y genialidad alcanza un grado de cultura muy elevado; y si bien su ideal era ante todo sensualista, produce no obstante admirables obras de arte.

Roma sigue las huellas de Grecia y con alguna modificacion cultiva las bellas artes segun los modelos griegos.

El advenimiento del Cristianismo, la irrupcion de los Bárbaros, proclamando la igualdad humana y la fraternidad, marcando de más perfecto modo el destino humano, la unidad divina y la inmortalidad de nuestro espíritu, abren una nueva época que se determina en la literatura por la introduccion de dos elementos importantísimos: el espiritualismo y la nacionalidad, que ya en el siglo XIII producen al Dante, y que combinados mas tarde con la parte formal que el estudio de los clásicos en el Renacimiento procura al génio que nunca imita servilmente, producen las obras de Shakspeare y Lope de Vega, Tasso y Camoens, Milton y Calderon.

Pero la estimacion de los modelos clásicos no es parte bastante á impedir el abuso y culteranismo de los Góngora y Marini, que parece como que justifica el completo retorno al gusto pagano que se observa en los siglos xvii y xviii; mas aquella reaccion era artificial, no correspondian los clásicos por bellos que fueran á las necesidades del espíritu moderno, como no responden ciertas instituciones y modos de la idea

humana que desempeñaron importante papel en la historia del mundo, á la manera de ser intelectual y moral de las sociedades actuales ya casi en su totalidad.

En Alemania, donde siempre la libertad humana ha tenido adalides esforzados, surgen los Klopstock, Göethe, Schiller, Novalis. En Francia Chateaubriand y Mad. Stael propagan las literaturas Inglesa y Alemana; Mac-Pherson publica el poema de Ossian, y una generacion de grandes poetas se levanta.

Los últimos momentos del siglo XVIII y principios de este fueron de superior crisis para todo lo que hasta entonces habia sido inconmovible. Caen de su asiento instituciones que cumplieran su mision histórica; los filósofos del siglo último exagerando su obra de combatir las preocupaciones y el error, habian producido el desencanto y la duda. Los nuevos vates se hacen eco de aquella incertidumbre, y caen unas veces en brazos del sentimentalismo y otras del realismo, escollos de la literatura de nuestro siglo en su mitad primera. Produce sin embargo aquel momento de transicion acentos sublimes, mas bien, es cierto, que acabadas obras.

En nuestros dias, finalmente, vánse lentamente disipando aquellos brumas que oscurecian la verdad y el objeto del arte; ya aquel llorar sobre los restos del pasado ha concluido. No se desprecia sistemáticamente lo antiguo, ántes por el contrario, suministra preciosas enseñanzas, y sus obras utilísimo estudio: y, armonizando con criterio elevado el elemento histórico con ese ideal y eterno «mas allá» que la razon constantemente nos señala como resultado de nuestra naturaleza perfectible, debemos esperar que, en el porvenir, léjos de amortiguarse el sentimiento del arte bello literario que tiene sus raices en la esencia de nuestro ser que nunca varía, alcanzará alturas que superen en esplendor y en más pura belleza á los monumentos más preciados que nos han legado estados de civilizacion inferiores al presente y á los que reservan para el porvenir las edades futuras.

E. SANZ Y ESCARTIN.

EL LAUREL DE LA REINA.

En el confin de una vega, que como paisaje es la obra maestra del paisista sublime de los cielos, en la falda del cerrillo del Sol, de cuyos lados caen dos rios por las aberturas de las peñas, apíñase una ciudad en apretado enlace, cual los grumos de la fruta de su nombre, parte en el llano y parte sobre varias colinas, entre las que descuellan dos por el Darro separadas: la Alhambra y el Albaycin. He dicho mal al decir apíñase una ciudad. Debí haber dicho, está lo que fué á la vez alcázar, castillo, templo y jardin de los árabes: debí haber dicho, está el Oriente. Y creedme, no hay en la tierra otro Granada. A pesar de sus angostas y tortuosísimas calles, del sucio aspecto de sus barriadas, de la vejez de sus altas casas que se inclinan para tocarse con los aleros de sus tejados, es la poblacion española más pintoresca que conozco, la que ofrece accidentes más bellos, la que posee el joyero más rico de preseas de arquitectura, la que con sus monumentos mueve mejor el cerebro á pensar y á recordar, haciendo testigo á quien los mira con los ojos de la Historia y con los ojos de la Estética, de una resurreccion maravillosa de las edades en que nacieron y de las generaciones que los levantaron.

La fisonomía de Granada, las pupilas de sus mujeres, el tono gutural de sus habitantes os dicen que fué un pueblo moro. ¿Mas qué digo? ¡Si lo es aún!

Aun hay allí alacenas, alcuza, alhóndigas y alcaicería. Es cierto que el Dios de Covadonga y de las Navas recibe incienso en la catedral y en la Cartuja, pero tambien lo es que quien tiene en su habla el toque que conocéis, quien posee los camarines de la Alhambra y el cenador del Jeneralife, no puede menos de ser ante nosotros una árabe conversa que abrazada á la Cruz la adora, diciendo oraciones que parecen traducidas de la lengua del Yemen.

Suponed reunidos un oasis de vejetacion tan encantador como aquel en que viviese á la sombra de un abanico de palmas, la Cleópatra de las ciudades, la que cargada de cadenas de oro ornó el carro triunfal de Aureliano; suponed reunidos además un templo bellissimo de la arquitectura antigua, un peristilo de montañas que simulan gigantescos diamantes cristalizados el primer dia de la creacion y la más preciosa alfombra del palacio real de la Persia; suponed reunido todo esto y tendreis á Granada. El arte y la poesía encuentran allí la inspiracion más pomposa y de lujo más oriental; sus verjeles convidan con una frescura más amena que la de la geniésica nieve de esos blancos paisajes suizos que embellecen los versos de Schiller, las notas del Cisne de Pesaro y las legendarias narraciones de la vida del arquero inmortal, cuyos ascendientes yo no sé si vé la critica entre las brumas del Báltico ó en las auroras boreales y que, creador de una conciencia política admirada por los siglos, padre de la Helvecia republicana, personificacion de una idea y de una alma revestida con los atributos de su pátria, cantado por el pescador en su barca, por el pastor en el monte, por el marino en el lago, es, como el Cid, un héroe más duradero que la cristalina cumbre de los Alpes; su bóveda, que por su limpieza, por su brillo, parece que en aquel instante acaba de ser pintada, tiene los cálidos y dorados celajes de la de Egipto, de ese Egipto incorrupto por la santidad de los bálsamos y perfumes vestidos en su sudario; en su atmósfera de átomos de rosa y oro, hay esencias tan delicadas cual la de la blanca flora valenciana que prestó sus matices á la rafaélica paleta de Juanes y á la fantasía risueña y luminosa de ese Virgilio y Poussin de la novela pastoral que se llamó Gil Polo, y puras y aromáticas brisas que al abismar el alma en secreta languidez pregonan, segun Chateaubriand ha dicho, que en tal país las pasiones tiernas hubieran en breve sofocado las heróicas, si el amor para ser verdadero no necesitase siempre apoyarse en la gloria.

La naturaleza puso en aquel sitio toda su hermosura; Dios el espejo donde se mira; la poesía sus idealidades; el arte sus inspiraciones supremas. Al lado de un palacio bordado por las hadas para su delicia, en bastidores de marfil y oro, uno de esos jardines, albergue de la gracia y de la belleza, que matan la ambicion en quien *entendiendo de gozar y de estimar lo bueno, viva en ellos en reposo solazándose en los estudios y deleites* que á una alma noble convienen; al lado de esbeltos pilares que escucharon las notas de enamorada mandolina, de esplendorosas salas por cuyos ajimeces se descubren misteriosas alamedas de irresistible y suavísimo encanto, en las que se oyen las castañuelas y el adufe al lado de surtidores que parecen primorosos árboles de cristal brotados maravillosamente á la evocacion de una maga, arcadas aéreas, testigos de fiestas, de torneos ó de paseos nocturnos, que envolvió en voluptuosidad el aroma del mirto y el murmullo de los arroyos; junto á las magnificencias que honran el génio arquitectónico de los hijos del Yemen y ensalzan á los caballeros que en justas de ocho siglos rompieron lanzas por su dama, la Cruz, augustas ruinas de edificios alabados por el romance antiguo, por Ybn Jaldun y Makkari, por Sículo, Marmol y Pedraza, por Hurtado de Mendoza,

Ginés Perez de Hita y Navagero, Tomás Lheodio, Hernando de Baeza y otros muchos, y víctimas de las iras del tiempo... no pocos de impía piqueta, quizás alguno de incendios, como el descrito por el inmortal rondeño que puso la cuerda de la tristeza infinita en el instrumento de las melancolías humanas, en el instrumento de las serenatas, en el que sólo suena con poesía donde hay azahar en el aire y finísimo azul en la bóveda de los cielos. Allí podeis evocar los tiempos y los romancescos personajes de la historia y de la tradición árabes en bosques de venerandos laureles, á la sombra del ciprés de Alfaima, de robusto fresno amadisimo de la cruz de Calatrava ó entre los álces que oyen celebrar al ruiseñor las justas y cañas de Abencerrajes y Zegriés; allí podeis leer en letras de carmin y oro, segun ha dicho Alarcon, la maravillosa leyenda de cien dinastías gloriosas y contemplar los primores cantados por Zorrilla; allí los desiertos collados de Iliberis que piden para calmar su sed las lágrimas de un Rodrigo Caro; y el Evangelio, el Coran, la Roma antigua, los sábios de la época visigoda, de aquella época que nació en honrada cuna de hierro y murió entre púrpuras sobre vicioso carro de marfil, las huries del Yemen, las grandiosas figuras de la dominación musulmana, los más denodados guerreros de Cristo, los héroes todos del último poema caballeresco de las edades medias, salen al encuentro en la Damasco hispana, que segun la frase de uno de nuestros oradores más gentiles, es un sueño oriental realizado en medio de la civilización más exquisita, de la vegetación más rica y del estado intelectual y moral más próspero. Entre los muchos lugares que nos hablan de los cantos de la gran epopeya que está pidiendo un Homero ó un Camoens, ya que Lope murió sin recogerlo y que se llama guerra granadina,—suceso que, segun observa con acierto el ilustre Schack, si bien penetra en el claro día de la historia, está medio velado aún por la vagada y nebulosa luz de la poesía,—se cuenta la Zubia, aldea rica y limpia, asentada á una legua de la ciudad nasarita y envidiable por el hechizo de su situación sin rival.

En los días en que ornaba el azul pabellon de los cielos andaluces la media luna, bordada en él en plata por las huries alcoránicas, el sitio que hoy ocupa la Zubia llenábalo una selva de laureles, de los que existe solamente el bautizado con el nombre de Isabel la Católica; preciosísimo árbol que los viajeros no temen profanar apropiándose hojas ó ramas que se llevan á guisa de reliquias y en cuyo tronco cree la imaginación leer mil canciones, mil romances, que testifican la tradición esculpida en el oro de la leyenda, en el marmol de la novela y en el rosado nácar del cuento, por la musa moderna, por Fernandez y Gonzalez y por W. Irving.

El 18 de Junio de 1491, la Semíramis de Castilla, ansiosa de mirar lo más cerca posible las blancas almenas de las torres, los alminares y jardines de la que me atreveré á llamar Mirha precioso de la España árabe, acompañada de D. Fernando V, sus hijos, sus damas, el marqués de Cádiz, el gran Gonzalo, D. Alonso de Aguilar, D. Alonso de Córdoba, los condes de Tendilla, de Ureña, de Cabra, de Villena, palafreneros, criados, soldados y lanzas, llegó hasta el bosque de los laureles, desde el que descubriase Granada en medio de la llanura, en toda su magnífica extensión. No bien llegaron D.^a Isabel y su gallarda comitiva á tan delicioso lugar, en dirección á este vieron venir una pequeña hueste de ginetes árabes que iban reconociendo el terreno. El Rey y los caballeros, llevando la mano á las espadas y la espuela á los ijares de los caballos, presentáronse en actitud de pelear: Isabel I les ordenó que envainaran los aceros y se ocultasen, y sellando este mandato con imperiosa mirada se perdió entre el

ramaje del laurel, objeto en el día de tan piadosas peregrinaciones. En aquel océano de verdura, en el que las olorosas amarillas flores simulaban olas de tapanicio de un mar de esmeraldas, la reina invocó al Santo del día, suplicóle la patrocinase y le hizo la promesa de erigirle en aquel lugar un monasterio si la defendía en el riesgo que la asediaba. San Luis de Francia escuchó tan bella oración: los guerreros moriscos pasaron junto al laurel que entónces custodiaba una vida necesaria á los planes de la Providencia; alejáronse sin sospecha de los sitios que escondian el cetro más envidiado y las espadas de mejor temple entre todas las que le han recibido al contacto de la Cruz, é Isabel la Católica, amparada por el cielo, pudo volver con tranquilidad á su tienda. Los acompañantes de la ínclita señora, que hasta aquel día ignoraban que un caballero pudiera esconderse á la vista de sus enemigos, al ver empañado el brillo de sus armas siempre limpias por la humedad del follage, tuvieron vergüenza de sí mismos, y recordando que el laurel oculta solo con gusto las frentes donde se lee el valor escrito con honrosas cicatrices, acordaron salir al encuentro de los moros cuando estos saliesen á recoger los cadáveres del combate del día y retarlos á un duelo.

La suerte trató con desdenes tal valor. El alfanje y las espadas de la Cruz pelearon con aquel denuedo que el gran Corneille nos pinta en los *Horacios*; no pocas cabezas castellanas cayeron como espigas ante la hoz segadora: el mismo Gonzalo corrió peligro de perder la libertad; la España del Evangelio lloró amargas lágrimas, y para honrar á aquellos muertos inmortalizó su dolor bautizando el sitio de esta batalla con un nombre más triste que el que Vital dá á los campos de Fraga, con el nombre tristísimo de Haza de la Muerte. Isabel I fundó el convento de San Francisco, ex-voto digno de la que duerme en Granada en un túmulo que envidian Dijon y la ciudad que los Van-Eyck ilustraron con su génio. Un relieve y un cuadro recuerdan la salvación de la Reina. Saavedra murió sin cantarla: Rosales bajó tristemente al valle de las tumbas sin ver en este asunto una gran pintura, sin legarnos un lienzo que siendo rival del de las Lanzas recibiese en las fuentes bautismales de la crítica el nombre de «Cuadro de la Obediencia.» Pero si ya fué arrebatado á nuestra patria cuando parecía reproducir en ella, segun observa el marqués de Molins, el grandioso estilo de Miguel Angel y el toque de Velazquez, aquel preclarísimo compatriota de Calderon de la Barca, que como nadie conoció el secreto de la naturalidad, aún vive Pradilla, honra y prez del caballete moderno, delicias de la noble tierra de Goya y de Bayeu: Pradilla, que ostenta un laurel tan merecido, tan limpio que sólo puede hallarse algun otro parecido subiendo al Capitolio del Petrarca y del Tasso entrando en las basílicas donde declinaron los siete soles del Renacimiento, ó yendo en peregrinación á la sagrada cima donde se alza como una pirámide fúnebre el plantado por Casimiro Delavigne sobre el sepulcro virgiliano.

Pienso que muy pronto, los pinceles consagrarán un recuerdo inmortal á la salvación de la Reina Católica, acaecida el memorable 18 de Junio de 1451. Si el que en los retratos del más Batallador y del más Magnánimo de los Alfonsos aragoneses acaba de demostrar que llega con el pincel más allá que la pluma de Plutarco, elijiese para asunto de alguna de sus admirables composiciones el apuntado, digno de quien ha hecho de su caballete el ara más augusta del templo del arte, pues en ella está expuesto el sacramento de la verdadera inspiración; si el Apelles de Villanueva de Gállego se decidiese á acometer tal empresa, que podría llevar á cabo con mayor acierto que Ingres hizo

la apoteosis homérica y con igual al que Kaulbach y Delacroix, con paleta diferente, ejecutaron el Florecimiento de la Grecia y el viaje del sublime cantor del Catolicismo conducido por Virgilio á través de caliginosa atmósfera sobre agitadas verdinegras olas «donde se retuercen y muerden á sí mismos espantosos condenados,» debiera trasladar su estudio á los históricos laureles de la Zubia, realizados por sublimes sombras, por ideas grandes que convertidas en flores cubren el ramaje, y por el recuerdo de las gloriosas luchas que presenciaron, entre los guerreros de la Cruz y los novelescos hijos del Coran.

Sí, vaya á la Zubia, el autor de D.^a Juana la Loca. No hay sitio más apto para dirigir el pensamiento hácia las grandes concepciones que ciertos seres engalanan con las privilegiadas gracias del arte, que el sitio que tiene por techumbre el cielo de azul incomparable que sonríe con las infantiles sonrisas del P. Granada y de Alonso Cano, niños. Sí, vaya á la Zubia, y disfrutará de la vista más espléndida y encantadora del Universo. Yo no he tenido la dicha de ver ni los valles del Arno por Gautier descritos, ni una salida de sol en el golfo de Nápoles, ni las orillas del Rhin sembradas de baladas por la lira germánica, ni Constantinopla desde el mar pintada por el cantor de Cimodicea, ni Jerusalem desde el torrente Cedron, ni ninguno de esos lugares que Lamartine ensalza en sus divinos libros; yo no he visto la catarata del Niágara que inspiró á Heredia, ni el valle del Yumurí que Plácido, ese Chenier de América, nos canta; yo no he visto los grandes espectáculos de la naturaleza que uno y otro día llenan de iris las fantasías privilegiadas de los contempladores que los reproducen en obras monumentales... mas del mismo modo que sin haber oído á Ciceron, aseguro que es imposible fuese más artista de la palabra que nuestro Castelar, si quier le haya superado en el estilo, pues en cuanto á estilo, despues de Platon, el orador de los *Rostrós*... así aseguro, sin haber hecho largos viajes, que es imposible haya en el orbe un paisaje más original que el que se descubre desde el laurel que recuerda en la Zubia, angustias, zozobras y tristezas de memoria tan santa como las de aquel otro árbol que recuerda en Méjico un episodio de la campaña de Hernan Cortés.

Allí veis arena que no rechazaria la Arabia y montañas de hielo, dignas del polo, próximas á otras que lucen aderezos de lava de piedra, brillantísimas todas y produciendo el rosicler, y preciosos cambiantes de las purísimas auroras y de las puestas de sol meridionales. Allí veis espigas doradas como rayos de sol junto al copo de nieve que forma la borla del blanco manto que cubre Sierra Nevada y respirais á la vez azahar y aroma de mirto; y podeis recoger mil cogollos de magnolia y sentaros lo mismo á la sombra de un álce ó de un nopal que á la sombra de una palmera, el árbol del ambar, ó á la sombra de un granado, el árbol de los colores, el que produce los frutos más parecidos por su hermoso interior y por su hosca corteza, á los edificios que la arquitectura árabe aprecia no entre sus perlas, sino como una caja de perlas.

¡Qué cuadro aquel! Voy á intentar describirlo, desconfiando de lograrlo. Desde los laureles de la Zubia descúbrese una fértil llanura de nunca soñadas bellezas. Nada conozco más gracioso ni de superior opulencia vegetal. El suelo es verde y abundante en jugos como en la zona donde pintó Van-Dyk y nació Chopin, de ese *Murillo de la música del Norte*, como en la zona donde ha de ver la luz segun se cree en el limbo de la historia, el pueblo que impulsará la lentísima obra del progreso humano: su celeste bóveda expresa el bello éxtasis de ese Oriente que ha enjendrado la poesía lírica y la nota que responda á las tristezas del alma. Entre encinas, olmos y chopos que

sombrea los collados, las plantas del Mediodía ostentan su lujo fascinador: no hay roca por cuyas grietas no broten adelfas, así es que cada una de aquellas parece un inmenso jarrón de flores, ni contorno de la dera que no cubra y esfume el granado, ese árbol del que, si me perdonais el atrevimiento, diré que al elegir flora aromatizó el damasco, y trocando en azúcar el rubí hizo de él su fruto. A través de la espesura de poéticos bosques de avellanos y almendros, entre cuyas ramas juguetea y entonan las aves melancólicas canciones inspiradas por el desierto ó por la luna que esclarece los valles del Atlas: á través de la espesura de las selvas de cactus y de los emparrados que parecen una copia de la tienda árabe, hecha por la delicada mano de la discípula predilecta del sublime artista del Universo, al pié á veces de hermosas palmeras bajo cuyas palmas una copla berberisca de larga cadencia y voluptuosísima melodía encierra la dulce y apaciguada tristeza que hay en un amor profundo ó una gitanilla de bronceada tez danza al son de la guitarra que se queja y suspira con santa y deliciosa melancolía, descúbreñse blancos caseríos y aguas en abundancia sin ejemplo destrenzándose en arroyos, en acequias y en cascadas, sonantes bajo cortinas de jazmin, ó en medio de idílicas florestas. ¡Qué sol aquel! ¡Qué terreno tan apto para una orgía de colores, el anfiteatro de montes que formando los más bellos contrastes rodea el valle del Genil! Y la selva de obeliscos, pirámides, almenas y agujas de cristal separadas por abismos que se desarrolla allá cerca de las nubes, en las alturas de Sierra Nevada, en la cumbre, donde diria que han nacido las primeras canas al globo si no viese que su blancura es la blancura de las mantillas que usó la Creacion en su bautismo, colocadas por Dios en aquellas alturas, yo no sé si para decir á la humanidad que lo que principia concluye...? He contemplado este cuadro en un hermoso día de primavera: estacion en que los rios y acequias tienen grandísima corriente, y la respiracion es el mayor de los deleites y las colinas y la llanura ostentan matices tan varios que á su abundancia no llegaria la paleta resultante de haber fundido en una las de Vecelli, Verones, Rubens, Tintoretto y Murillo. Declinaba la tarde, derramando sobre el encantado paisaje el raudal de sus rayos limpios, cual los ojos de hermosísimo niño, el astro andaluz: «su aureo resplandor trocado en encendida lumbre purpúrea, recorria estremeciéndose toda la escala de los matices y tonos» y á la vista de tal cuadro superior á los soñados por el Poussino y por Fortuny, comprendí con cuánta justicia decia el oriental que era aquel un paraíso más ameno que los de Damasco, Cachemira y Samarcanda, me expliqué el que la admiracion llevara al cronista de los Reyes Católicos, Pedro Mártir, á apellidar Campos Elíseos al país que más refrigera el espíritu cansado; aplaudí á Ibn Batuta por haber declarado que nada hay en la tierra comparable al suelo que riega el Genil, ese rio que parece un desterrado de la Golconda; encontré justificado como nunca el entusiasmo de Andrés Navajero hacia la vega favorita de la inspiracion arábica. Más comprendo aún estos entusiasmos cuando recuerdo que aquella campaña ha conocido época más próspera que la actual. Así me lo dice la historia, me lo dicen cien voces además; me lo dice tambien la Alcaicería.

¿Por qué aquella vega sin rival habia de verse libre de la desgracia que ha destruido las obras más bellas de la arquitectura árabe y ansía hundir á las que quedan? Triste es que montones de ruinas ocupen el lugar de las magnificas creaciones del arte; no lo es ménos de ver en decadencia una vega fértil. Taller y museo es la vega donde la naturaleza crea y expone sus maravillas: ejecutoria de virtudes de los pueblos

que las poseen. No hay campiña que no sea espejo fidelísimo de las cualidades de sus cultivadores. A una nación se la conoce bien solamente cuando se la estudia en sus campos.

Discurriendo en estas imaginaciones, la noche, que sin sentirlo venia sobre mí, me advirtió que era llegado el momento de dejar aquel lugar. El último rayo del ocaso ya no llameaba en la torre de la Vela «las sombras empezaron á cubrir el llano y los alcores» todavía despedían refulgentísimos destellos el Veleta y el Mulhacen, los blandos rayos de la luna mecíanse en las aguas; el ruiseñor con sus trinos, de tal modo difundía voluptuosidad y encanto, que creí ver sobre las barandas de los balcones á que iba acercándome el nevado velo de sultanas que estaban escuchando la música con que Sohra, *el génio del lucero vespertino, guía el luminoso coro de las estrellas.*

FAUSTINO SANCHO Y GIL.

LOS JUSTICIAS DE ARAGON.

III.

MICER JIMEN PEREZ DE SALANOVA.

Más que difícil es la tarea del biógrafo, que al querer escribir circunstanciadamente la vida y hechos memorables de los varones que ilustraron á Aragon, viene á confundirse en el laconismo de sus anales, que, aunque escritos con gran inteligencia, necesariamente han de crear dificultades insuperables en muchas ocasiones á la vista más penetrante y á la más asidua laboriosidad. La razon de ese laconismo se funda, en que llamados los analistas á escribir y bosquejar la vida de siglos de nuestro reino, sus instituciones, dinastías y empresas, forzosamente tuvieron que luchar con innumerables obstáculos, ya por la distancia de los hechos que refieren, no ménos por la oscuridad que envuelve á los personajes más ó ménos importantes en la ejecucion de los hechos nacionales, sugetos muchas veces á los contrarios juicios de los historiadores; la escasez de datos de ciertos períodos históricos, y últimamente, porque hombres eminentemente prácticos nuestros antepasados, sin el vértigo de las épocas modernas que nos arrastra á conocer los detalles de la vida pública y privada de los estadistas, de los políticos influyentes, de las eminencias científicas, artísticas y militares, admiraban, es verdad, á los que sobresalían en los destinos pátrios, los que satisfechos á su vez de sus obras cuidaban poco ó nada de que estas se transmitieran á la posteridad.

El justicia que vamos á biografar, veinte y nueve en el orden de sucesion de los que conocemos, aun cuando sólo sea por el tiempo en que estuvieron investidos de tan preeminente dignidad, segun se infiere de lo que escribió Blancas, tomándolo de los bocetos de los justicias que trazó por escrito el dignísimo y discreto prócer Juan Jimenez de Cerdan, vió la luz en la parroquia del Pilar de esta imperial ciudad, donde estaba la casa de los Salanovas, sin que nos sea dable expresar el año de su nacimiento, y mucho ménos las acciones de su infancia, que vinieron á desaparecer en el naufragio de las cosas humanas. Dedicado en su juventud al estudio del derecho pátrio—coleccionado por el catalan de origen, pero aragonés meritisimo por sus servicios al reino, el eminente jurisconsulto consejero de Jaime I, y finalmente, obispo de Huesca, Vidal Canellas ó Canelles,—no tardó mucho el jóven Salanova en darse á conocer, primeramente en las aulas, y más tarde, recibido de abogado,

en los tribunales, por su aplicacion, espíritu recto y juicioso, inteligencia y laboriosidad, que le valieron fuera reputado por el más insigne jurista del reino. Pruebas prácticas de nuestra asercion debió dar en sus tiempos juveniles cuando—sin despreciar los modernos—no eran en los antiguos tan llanos los caminos de los altos puestos, que en estos parece no se pagaban por el monarca y pueblo aragonés, de inteligencias de relumbron; y bien sentada estaría su reputacion, puesto que lo encontramos desempeñando las funciones de lugar-teniente del justicia Pedro Martinez Artasona, segundo magistrado de este apellido, que floreció en 1281, reinando D. Pedro III el Grande.

Era el cargo de lugar-teniente de la mayor importancia en la época de Salanova, aunque no poseia tantas prerogativas y atribuciones como posteriormente se le fueron concediendo: agregado al tribunal del justicia y su sustituto interino, discutia los litigios y llegaba á sentenciar en algunos de menor cuantía: cargo cuya eleccion, por muchos siglos fué privativamente del justicia, pero que más tarde *porque la experiencia ha demostrado ser dañosa al reino, que los lugar-tenientes del justicia de Aragon, sean puestos por el dicho justicia revocables de voluntad suya,* (1) se transfirió el derecho de nombrarlos al monarca. Notables fueron los servicios del lugar-teniente Salanova, acompañados de una honradez sin tacha y de un carácter amable, franco y noble, exento de la petulante variedad, que más en los puestos públicos que en otros, excita la sonrisa ó el desden de las inteligencias ilustradas; es la pesadilla de los hombres tímidos, á quienes su malaventura ó negocios llevan á las dependencias de la nación; atmósferas agitadas muchas veces por los vientos de una arrogancia despreciable que asfixia simpatías, hace brotar desvios, y es señalada por la opinion pública, en los que embriagados por ella se creen endiosados, que generalmente pertenecen á la turba multa de los que, sin el apoya de un personaje ó la recomendacion de *una amiga*, se arrastrarian por el suelo para recoger las migajas que arrojan las clases que de ordinario necesitan sus servicios.

Despojado arbitrariamente por el mencionado soberano el nombrado justicia de la suprema magistratura, por su entereza en defender los fueros y por el vigoroso impulso que dió á la union para imponerse al carácter altivo é invasor de Pedro III, como lo consiguió arrancándole el famoso privilegio general que comienza: *Sean todos que en el año del Señor 1283 un domingo, que se contaba á 3 de Octubre, estando congregados en la iglesia de Predicadores—Santo Domingo—de Zaragoza, etc.:* es de suponer, que en su caída tambien fué envuelto su benemérito lugar-teniente, hecho que explicaria satisfactoriamente, porque no aparece en ninguno de los actos públicos que se efectuaron durante los justiciados del famoso *zalmedina*—gobernador de esta ciudad—*Juan Gil Tarin*, nacido en la misma de una familia célebre por sus riquezas y turbulencias; ni de *Juan Zapata y Cadrete* señor, en opinion de Blancas, del pueblo de este nombre próximo á nuestra capital:—que hoy como ayer y como siempre, que en la sucesion de los tiempos no hay nada de nuevo que no haya acaecido—el hombre que nos disfraza sus sentimientos de justicia y pudor, y aplaude los actos ménos justos de los poderes más elevados, láicos ó eclesiásticos, civiles ó militares, se expone á recorrer las etapas del sufrimiento y la recompensa de los servicios más desinteresados y trascendentales, por una aberracion inverosímil, pero no ménos cierta, acostumbró á ser el

(1) Fueros.

ostracismo, y ménos mal, si abriéndose camino la equidad, le indemniza sus sinsabores con una reparacion tardía ó póstuma.

Felizmente llegó esta para Salanova, porque muerto atacado de la epidemia D. Alfonso III el Liberal el 18 de Junio de 1291, á los 27 años de edad; á falta de sucesion directa, ocupó el trono de éste su hermano el rey de Sicilia D. Jaime II el Justo, el cual, autorizando prácticamente sus bellas ideas de conciliacion, llevó á feliz término por la mediacion del justicia Juan de Zapata la de la corona con los nobles, que ultrajados en los dos reinados anteriores, disponíanse á renegar de su pátria y soberanos, desaforándose y ofreciendo sus servicios á los de otra nacion: al mismo tiempo, dando espansion este monarca á sus sentimientos generosos y pacíficos, hizo olvidar con hermosas acciones las calamidades, injurias, atropellos y agitacion permanente de Aragon cambiando completamente su estado con una paz octaviana.

Encariñado D. Jaime de la justicia y enemigo á más no poder de la violencia y sinrazon, conoció cuánto montaba la máxina *es más útil para la defensa y conservacion de un reino el amor, que el temor de los vasallos á los reyes*; y á fin de adquirir el afecto de sus pueblos, al fallecimiento del justicia Zapata gustó en darle un sucesor simpático al reino que arraigára la conviccion de sus magnánimos propósitos, de separarse de las huellas de sus inmediatos predecesores, respetando la santidad del juramento de defender, guardar y acrecentar los fueros que hiciera en la catedral de La- Seo de Zaragoza en 24 de Setiembre de 1291, ante su gran prelado D. Hugo Mataplana; así que, estando en Barcelona en 1294—donde habia ido para acabar los bandos de la nobleza que conmovian y ensangrentaban la industrial Cataluña; de convenirse con D. Berenguer de Cardona, gran maestro de los templarios aragoneses y catalanes, en la resolucion de importantes negocios y de permutar algunos heredamientos con D. Guillen de Moncada:—proveyó el oficio de justicia en la persona de Micer Jimen Perez de Salanova, cuyos antecedentes eran una garantía de que no traicionaria ni cohecharia la alta mision de velar por la libertad, protegeria el fuero del desafuero, la equidad de la injusticia y la debilidad de la violencia.

No estará de más indiquemos en este lugar, como prueba de la gran consideracion y confianza en las dotes científicas y morales de este eminente letrado, que se tenia por todas las clases, que no obstante estar preceptuado por el fuero *del oficio del Justicia de Aragon*; que este magistrazgo recayera en sujeto noble y militar se prescindió por primera vez de la ley, sin que se origináran reclamaciones ni conflictos, pues era Salanova hombre civil y enemigo por conviccion de resolver los problemas nacionales por la espada, que iracunda y ciega en ocasiones corta lo útil é inútil: ejemplo singular de la civilizacion aragonesa y de su respeto á la ciencia del derecho, que unidos á otros que posteriormente dió, son la mejor contestacion á los que de un modo superficial califican de retrógradas otras generaciones que realizaron grandes cosas, que otras más adelantadas han abandonado como un bello *desideratum* irrealizable.

VICTORIO PINA.

(Se concluirá.)

EPIGRAMAS.

I.

Don Perfecto el arquitecto
Díjome ayer irritado:
—¡Lo juro á fé de Perfecto!
Y Perfecto es jorobado.

II.

Suele á Jesús ofendido
Besar la beata Inés.
¿Y Jesús sabeis quién es?...
Pues Jesús... es su marido.

AGUSTIN PARAISO.

III.

Compróse unos lentes Cárlos
Y la compra no sirvió.
—¿Por qué?—Porque no compró
Nariz donde colocarlos.

IV.

Deja que *epizootia* insana
Lana y carneros agote:
Mientras tú tengas cogote
No puede faltarnos lana.

VALENTIN MARIN Y CARBONELL.

V.

Viendo la luna Pifartos,
Muerto de envidia exclamó:
—¡Ay! La luna tiene cuartos
Y sólo un ochavo yo...

IV.

—Pienso mucho, pero mucho,
Dice siempre Don Beltran;
Y está en lo cierto al decirlo,
Que *piensa* en gran cantidad.

PEDRO SAÑUDO AUTRAN

VII.

De la mujer, la guitarra
Es la antítesis, Cenon;
En ésta hay algunas cuerdas,
Pero en las mujeres no.

VIII.

Si el doctor que de la cura
De tu mal se encarga, es Diego,
Amigo, es cosa segura
Que tendremos cura luego.

ANTONIO GASCON.

IX.

Goza el valenton Carranza
Fama de hombre muy *templado*.
¿Templado? Jamás ha obrado,
Para serlo, con *templanza*.

X.

Linda es la cara de Clara,
Pero aunque parezca injusto,
Yo de esa cara no gusto...
Cabalmente porque es cara.

MARIANO DE CÁVIA.